

LA CHICA DE SERVICIO

1

TIÉNTAME



PATRICIA GELLER

La chica de servicio, I.
Tiéntame

Patricia Geller

Esencia/Planeta

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© diseño e imagen de cubierta: más!gráfica
© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Patricia Geller, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2014

ISBN: 978-84-08-12846-5
Fotocomposición: Tiffitext
Depósito legal: B. 6.708-2014
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.



El comienzo

Con una escueta sonrisa, agradezco a la azafata su ayuda para salir del embrollo que hay en la puerta del avión, un estrecho espacio del que todos parecemos querer huir.

Por fin estoy en Málaga, en su aeropuerto. Me sorprende el bochorno que ya hace en la ciudad siendo tan temprano, aunque el día no pinta nada mal, excepto por lo que yo tengo que hacer y el lugar al que tengo que ir.

Son las ocho de la mañana y antes de nada, saco el teléfono y les mando un breve mensaje a mis padres.

Ya casi he llegado a mi destino, donde pasaré los tres meses de verano... Suspiro resignada. En menos de una hora me hallaré en la famosa casa de la familia Campbell, en mi nuevo trabajo, uno que ya aborrezco sin siquiera haber empezado.

Mensaje de Gisele a Isabel. A las 8.00:

Ya estoy aquí. Fatigada y cansada. He tomado la pastilla. Con ánimos... ya me entiendes. Te quiero.

Los cambios no son lo mío. Dejar Lugo, mi casa, mi familia y mi tranquilidad hace que el corazón me dé un vuelco, más aún al pensar en por qué voy a pasar el verano en casa de esa gente adinerada.

En mis oídos resuena la palabra «enchufada», algo que no acostumbro a ser en los trabajos...

Mi amiga Noa es la encargada de atender la casa de verano de la familia, su ama de llaves por así decirlo, y, al verme desesperada por no encontrar empleo, un empleo que necesito para seguir estudiando y hacer un máster, les habló de mí a los señores Campbell.

Noa es una gran, aunque exigente, amiga. La conocí hace siete años en una de mis estancias en la ciudad, cuando vine a visitar a mi hermano Scott, que se instaló aquí buscando cambios en su vida. Gracias a él he podido hacer nuevos amigos y pasar algunas temporadas en Málaga. Por desgracia, nunca en verano.

Los Campbell llevan ya cinco años viviendo en esta ciudad y parece que tienen intenciones de seguir haciéndolo. Los ayuda a desconectar de la vida tan ajetreada que tienen en Nueva York e incluso se plantean mudarse definitivamente, ya que, por lo visto, sus negocios aquí marchan bastante bien... O eso creo, porque nunca hemos coincidido y no me había interesado por ellos hasta hace cuatro días, cuando accedí a ser la chica de servicio.

Noa necesitaba nuevas empleadas para la casa y yo, tras terminar la carrera de periodismo y buscar infructuosamente trabajo de mi profesión, me vi forzada a aceptar su ofrecimiento...

Aunque acatar órdenes no es lo mío, intentaré aprender a someterme ante personas que no acaban de ser de mi agrado.

Cargo mi escaso equipaje y me detengo en la cafetería del propio aeropuerto, desde donde llamo a Noa, mientras me dispongo a recuperar fuerzas.

—¿Gis? —pregunta ella, preocupada.

—La misma, para servirte —me burlo, sabiendo cuánto lo odia—. Ya he llegado. Voy a tomarme un buen refuerzo en el *Café & Té*, que el vuelo me ha dejado atontada, y luego voy para allá. Sólo llamaba para avisarte y que estuvieras tranquila.

—Aquí ya está todo en marcha, no tardes y me hagas quedar mal el primer día, ¿entendido?

—¿Puedo desayunar por lo menos sin atragantarme? Estoy deshidratada. —Sonríe y me dispongo a picarla—: ¡Menuda me espera...! Todavía no he llegado y ya me estás metiendo prisa.

—Gis, no empieces con las quejas, éste no es cualquier trabajo —me reprende seria—. Sobre todo el tuyo, que serás la que sirva a la

familia. Además, sólo serán tres meses y luego tendrás dinero suficiente para poder seguir con tus estudios sin preocupaciones; la cantidad que ganarás es muy buena.

—¿A cambio de qué? ¡Noa, desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche! ¡Eso es un abuso! —grito sin querer, atrayendo miradas de curiosidad—. Tener los domingos libres es muy poco. No podré ver a Emma o a Thomas.

Al oírme se queda en silencio. Imagino su expresión descontenta, sus ojos llenos de reproches.

—¿De verdad es eso lo que quieres? —me regaña molesta—. ¿Quieres pasar el resto de tu vida con un hombre que sólo piensa en ir al gimnasio? Ya estamos hartos de decirte que él no merece la pena, que no es para ti.

Rechino los dientes y pido un zumo de naranja acompañado de una tostada. No comprendo qué diablos le pasa con Thomas. ¿Por qué lo odia de esa forma?

Él y yo nos conocimos hace dos años, en una de mis visitas a Málaga, y desde entonces nos hemos hecho muy amigos, pero tanto Noa como mi hermano Scott lo aborrecen intensamente. Yo no lo entiendo. Es cierto que a Thomas le encanta estar en forma, pero ¿qué hay de malo en ello? Es un chico guapo, de veintiséis años, ¿por qué no iba a cuidarse?

—Noa, no hables así de Thomas —la regaño seria—. Sabes que sólo somos amigos y que no hay ningún interés amoroso entre nosotros... No entiendo la antipatía que le tienes.

—¡Se te come con los ojos! —exclama exasperada—. No sé cómo no te das cuenta de que solamente pretende llevarte a la cama. ¡Y no pienso permitir que seas su juguete! Scott lo mataría.

Con desgana, me río de su comentario. ¿Qué se cree, que por ser dos años mayor que yo puede manejar mi vida? Eso no va a pasar. Resoplo ruidosamente. Yo no soy la clase de mujer que acepta cualquier orden y menos una tan ridícula... Tanto mi hermano como Noa me cuidan como a una niña y, aunque a veces lo parezca por mis salidas de tono y mi cabezonería, no lo soy.

—¿Te callas? —pregunta con voz queda—. No habrá algo que no me estás contando, ¿verdad? Vamos, Gis, no me lo puedo creer. ¿En serio has caído tan bajo?

—¡Serás bicho! Anda, cállate ya. Pobre Thomas.

—El otro día me lo encontré, mejor dicho, vino a la Casita y me preguntó por ti. Yo le dije que no sabía nada.

Suelto una carcajada sin poderlo remediar.

—Pues no te sirvió de mucho, porque ayer hablamos por teléfono y se lo conté todo. Dentro de pocos días nos veremos, mejor dicho, cuando los Campbell me den un respiro.

—Un respiro para ver a un tormento. Qué hombre tan pesado.

Noa y yo tenemos una relación muy buena, muy cómplice. Pero desde hace varios días las cosas están algo tensas, pues ella se muestra demasiado obsesiva con mi trabajo en la casa Campbell. Desde que nos conocimos, me acogió y protegió, ahora creo que en exceso. Quizá me ve como la hermana pequeña que nunca tuvo.

—Noa, será mejor que dejemos el tema. Voy a desayunar con la poca paz que me queda y te veo en el infierno dentro de nada. Y relájate, que te va a dar algo.

—Gisele...

—Vaya, ya estás enfadada. Si me llamas por el nombre completo es para temerte. —Me río mientras me siento para tomar el desayuno—. Yo también te he echado de menos. Dale besos a Manu. A mi hermano yo lo llamaré luego, supongo que estará en el trabajo.

—A Manu le voy a dar una mierda.

—¿Qué dices? ¡No me puedo creer que sigáis así...! —Su silencio me confirma que no me equivoco—. ¿A qué se debe esta vez?

—Ya te contaré, pero mi matrimonio se está hundiendo —confiesa con un hilo de voz—. Creo que no hay marcha atrás, aunque quiera evitarlo. Le he dado un ultimátum, pero no creo que me haga caso.

—Ya te dije que te casabas muy joven, pero, bueno, como tú dices, no hay marcha atrás.

—Así es, menos mal que lo tuyo con Álvaro quedó en nada —re-

cuerda de pronto, produciéndome arcadas—. Creo que no conozco a un hombre más tonto y ridículo que él.

—Cierto y adiós, paso del temita.

Con desgana, guardo la Blackberry y sigo atiborrándome de comida, mientras me imagino el aspecto de mi amiga Noa en estos momentos, al haberla dejado con la palabra en la boca.

A pesar de su carita de ángel, con ese cabello corto y negro que resalta sus hermosos ojos azules, cuando se enfada es un auténtico demonio. Y el maldito de mi hermano Scott tiene un genio muy parecido.

Mi presumido hermano... tan fuerte y musculoso. Con corto pelo rubio veteadado y los ojos tan grises como los míos.

Pensativa, continúo con el desayuno.

Noa lleva ocho años con los Campbell. Está contenta con su empleo, a pesar de que tiene que trabajar muchísimas horas. Ahí conoció a Manu. Menudo infeliz...

Scott, que tiene veintinueve años, es chófer en una empresa de modelos.

Los dos viven felices en esta ciudad, disfrutando de sus respectivos trabajos. ¿Y yo? ¿Qué voy a hacer yo? Tenía planeado buscar otro tipo de empleo, pero me tendré que conformar con el de «chica de servicio». Necesito conseguir dinero para cubrir mis necesidades sin tener que acudir a mis padres.

Aunque toda esta situación tiene algo positivo: veré a mi hermano y amigos con más frecuencia. La última vez fue en Navidad, hace ya seis meses.

—¡Mierda! —gimo, al ver que mi reloj marca ya las ocho y media.

Corriendo, pago la cuenta, salgo del aeropuerto y cojo un taxi. Cuarenta minutos más tarde, me hallo frente a la impresionante casa de los Campbell.

«Suerte, Gis.»

Todo en esta mansión acristalada proclama la riqueza de sus dueños. A pie de playa, en Marbella, en plena costa malagueña. Por dentro no la conozco; siempre que he visitado a Noa lo he hecho en la Casita,

su hogar en el terreno de los Campbell, aunque a una prudencial distancia de la vivienda principal.

—¡Noa! —llamo, rodeando la casa grande y acercándome a la suya—. ¡He llegado!

—Chis, Gis, por Dios, no estás en la calle —protesta, saliendo a mi encuentro. Aun así, al verme, me rodea con sus brazos tiernamente. ¡Menos mal!—. Bienvenida, cariño, estás guapísima.

—Tú también —susurro emocionada—, llevas el pelo más largo.

—Ya sabes, hay que cambiar.

Su olor tan familiar me hace sentir cómoda, pese a lo nuevo que es todo. Pero al separarnos, su cara lo dice todo.

—Sí, es tarde, ya lo sé. Dime, ¿por dónde empezamos?

—Voy a enseñarte tu habitación. Estarás en la tercera planta, en la casa, como las demás empleadas.

—¿¡No puedo quedarme aquí con vosotros!?

—Deja de gritar y no, yo no soy exactamente del servicio, por eso vivo en la Casita. Además, Manu no se tomaría bien que durmieras aquí.

—Entiendo.

Paseo la vista por el verde jardín y la amplia piscina azulada a lo lejos. Todo impecable y en absoluto mi mundo.

—¿Qué tramas? ¿Por qué estás tan callada? —me pregunta Noa, haciéndome volver a la realidad—. Gis, te lo advierto: compórtate. Los Campbell son personas serias y formales, aquí nada de escándalos.

—Tranquila, Noa, no te dejaré en mal lugar —contesto aburrida—. Háblame de la familia. Hasta ahora nunca me han interesado, pero si prácticamente voy a convivir con ellos, será mejor estar informada. Luego no quiero sorpresas.

Mi amiga me mira con verdadero orgullo, mientras juntas caminamos hacia el interior de la mansión.

—Pues primero están los señores de la casa, William y Karen. Ambos son encantadores y no te darán problemas, ya lo verás cuando los conozcas. Luego está Roxanne... —Hace una pausa, agarrándome de la mano con gesto protector—. Es la hija pequeña y no es fácil, pero poco a poco se aprende a soportarla. Después está Matt, el mediano.

Tiene veintiocho años y es un hombre bastante raro; habla poco y se suele pasar todo el día encerrado en el despacho o con sus negocios, incluso cuando vienen a veranear. El miércoles llega Eric, el mayor de los hijos del matrimonio Campbell. A ése se lo ve poco por aquí... Prefiere Nueva York. Es muy guapo.

Una malcriada, un raro y un guapo. Estupendo.

—Ajá —murmuro abatida. Este empleo empieza a gustarme cada vez menos.

—Gis, ¿me has oído? —suspira Noa, desesperada—. Bueno, ya sabes lo esencial. Límitate a hacer tu trabajo y todo irá bien.

Yo tengo mis dudas.

—¿Tienen sus negocios aquí? —le pregunto curiosa.

—La central está en Nueva York y en el centro de Málaga las sucursales, aunque creo que Matt también tiene algo en Madrid, pero no lo sé con exactitud: todo lo que rodea a ese hombre es confidencial y reservado. Según tengo entendido la familia se quiere quedar en Málaga, aunque no se sabe nada seguro. Son muy discretos con sus cosas.

Asiento confusa.

—Pero no te preocupes —prosigue Noa—. Son personas muy amables y atentas con sus empleados. Bueno, no todos... Sin embargo, los jefes sí lo son y con eso basta.

—¿Toda la familia participa en los negocios?

—Sí. Matt no sé muy bien en qué. Eric compra y vende coches. William es dueño de una importante cadena de ropa, Modas Campbell. Su mujer la diseña y Roxanne hace de modelo, digámoslo así.

La miro ceñuda. En su última frase hay un deje de ¿desprecio?

—Sólo posa para determinadas promociones, aunque no siempre, claro. No es aconsejable que sea siempre la misma modelo, y además ella aspira a algo más. En realidad a mucho más.

—Espero no tener problemas, no sé morderme la lengua.

A través de la parte trasera de la casa, llegamos a la tercera planta. Hay poca luz mientras subimos, aunque lo poco que veo es de un refinado diseño. Tonos claros, siempre entre el blanco y el crema... Bonito, pero a la vez demasiado distinguido a mi modo de ver.

—Mis padres te mandan besos. ¿Y qué sabes de Scott?

—No debe de andar muy lejos. La empresa para la que trabaja es donde Roxanne va a clases de modelo y como su padre es amigo del dueño, a la princesita hay que traerla y llevarla —explica, sin disimular su disgusto—. Scott es el chófer de la empresa que vive más cerca, así que le asignaron el encargo, pero no está nada contento.

Entonces me contemplo con aire melancólico.

—Me habría gustado ver a tus padres, las veces que han venido se han portado conmigo como una verdadera familia. Anoche hablé con tu madre para decirle que te cuidaría y me explicó que siguen como siempre, luchando en la floristería, aunque no tienen la recompensa que merecen para tantas horas de trabajo.

—¿Y eso lo dices tú? —replico con un aspaviento—. Vamos, Noa, trabajar aquí es mucho peor. Por lo menos, a ellos no les manda nadie.

—Cállate antes de que te echen sin siquiera haber empezado a trabajar.

«Respira —me digo—. Todo saldrá bien.»

Llegamos a mi habitación y eso es lo único que me alegra la mañana hasta el momento. Es para mí sola y con baño incluido. Genial. El cuarto no es muy grande, pero sí acogedor. Cama individual en el centro, con un edredón rosa a juego con las cortinas. Un armario de doble puerta justo enfrente y mesillas de noche a los dos lados de la cama. También un escritorio pequeño cerca de la puerta del baño. Las paredes son de color crema y los muebles de un blanco inmaculado... Perfecto.

—Gis, ese de ahí es tu uniforme —me dice Noa, señalándolo.

Me horrorizo. ¿Estará bromeando? Es un vestido negro y corto, con detalles blancos.

—No me mires así —dice ella al ver mi cara—. Forma parte de los requisitos y se tienen que cumplir sin objeciones.

—Menuda porquería —suelto, cogiendo el traje—. ¿No puede ser con pantalón? Sabes que odio las faldas y más tan cortas. No podré agacharme, ¡me verán el culo!

—A-dáp-ta-te. Gis, no seas caprichosa. Aquí tú estás para servir, no para que se te complazca. Que tu cabecita vaya asimilándolo.

—Estupendo —replico, probándome el vestido por encima—. ¡Me queda genial! Parezco una pornochacha...

—¡Gisele Stone, basta! —grita Noa, sobresaltándose—. ¡No quiero una sola queja más o te mandaré de vuelta a Lugo! Y no me vengas con que ya tienes veinticuatro años. Ese discurso me lo conozco muy bien.

Voy a replicar con toda la rabia que me consume, cuando por la ventana de mi habitación se oyen unos gritos que vienen de fuera.

—¿Qué pasa? —pregunto confusa, asomándome a la ventana—. ¿Ese de ahí no es Scott?

—Sí —confirma Noa sin alterarse—. Ya te he dicho que Roxanne es algo difícil. Siempre se levanta con este genio y Scott intenta hacer lo que puede... No se atreve a pedirle a su jefe que la lleve otro a la agencia. Es una niña de papá y le podría costar el empleo. Dice que lleva a otros muchos modelos profesionales y que ninguno tiene quejas de él, pero ésta va de diva.

—Pero ¿por qué le habla así?

Una mujer joven y rubia, de cabello largo y rizado, le está gritando a mi hermano mientras él vuelve a sentarse al volante, después de que la tal Roxanne acceda a entrar en el coche.

—Qué estúpida... ¿Me tratará así a mí también? Noa, creo que no voy a soportar mucho en esta casa. Mira a Scott, si casi parece cohibido, esperando que a la princesita se le pase el berrinche.

No lo puedo creer, con el carácter que tiene mi hermano.

—Vas a tener que tener paciencia, Gis —me aconseja ella de nuevo. ¡Qué pesada!—: Roxanne es así con él, conmigo y con todos, y tú no vas a ser la excepción. Toda la familia la mima. Procura controlar tu genio, y deja que pelee sola, ¿entiendes?

—Pero...

—So-la.

Con esas palabras de advertencia se va, dejándome hecha un mar de dudas.

La situación parece complicarse más a cada segundo que pasa. Aún no conozco directamente a Roxanne y ya me siento atemorizada por ella. Me perturba también relacionarme con el resto de los hermanos, sobre todo con el chico raro... ¿Matt?

Desalentada, cojo el uniforme del suelo, donde lo he tirado antes, y decido comportarme con sensatez. A ver qué tal me queda la monada.

Incómodo y demasiado corto. Necesito un espejo. Con paso firme, me dirijo al cuarto de baño... Jadeo al ver mi imagen reflejada en ese cristal tan pulcro.

¿Ésa soy yo? Nunca me han gustado las faldas y ahora entiendo por qué. Se me ve muy provocativa... No, no me gusta. Mi piel blanquecina se distingue aún más con ese vestido tan oscuro, que me hace incluso más delgada de lo que soy.

Suspiro al mirarme una y otra vez. No me queda mal, pero no es en absoluto mi estilo. El pelo suelto y con diadema, me ha dicho Noa.

Oh, Dios ¿qué es esto? ¡No me reconozco! Mis ojos, grises y rasgados, parecen demasiado apagados. Mi cabello castaño ondulado con destellos rubios está decididamente encrespado. Y estoy pálida como un muerto... menudo asco.

Furiosa, me arreglo el pelo como puedo, pero al tenerlo largo me resulta molesto llevarlo suelto. Y aunque tiro del vestido para que quede menos provocativo, es inútil y una absoluta pérdida de tiempo. Mis pechos, que no son muy grandes pero sí redondos, casi se me salen del escote y las piernas... oh, mis piernas están totalmente expuestas.

Es una vergüenza trabajar así.

—Menuda panda de superficiales.

El lunes pasó muy rápido. Los señores, William y Karen Campbell, fueron encantadores, amables y correctos, como me había dicho Noa.

No eran muy mayores, aparentaban unos cincuenta años; unos padres jóvenes y atractivos. Ambos tan rubios como Roxanne, aunque

los ojos de su hija eran más parecidos a los de William. Karen era tremendamente dulce y él, muy simpático. Se percibía en todo momento su entrega y complicidad con su familia.

Servir a Roxanne resultó en cambio una tortura... Se comportaba como la princesita de la casa, sin duda alguna. ¡Hasta había que ayudarla a desvestirse por la noche y a vestirse por la mañana! Pero ¿de dónde había salido esa chica? Su mirada, tan azul como el mismo cielo, me observó con desprecio desde el primer instante en que nos cruzamos, reacción que no pude entender. Y, aunque era tremendamente hermosa y con una figura espectacular, me dio la sensación de que carecía de lo más importante. Roxanne Campbell parecía no tener corazón.

El martes no fue mejor. Siguió tratándome con desprecio y exigiendo demasiado. En la casa solamente se respiraba tranquilidad y paz cuando ella se marchaba, aunque entonces era a Scott a quien le tocaba lidiar con la diva.

El miércoles se presentó más movido. Ese día llegó Eric, otro de los hijos del matrimonio Campbell. Éste no se parecía en absoluto a su hermana en cuanto a carácter: no juzgaba, no se quejaba de nada y era bastante tratable, como sus padres. En cambio era rubio como Roxanne y tenía los ojos tan azules como ella. Se lo veía bastante musculoso, aunque mucho menos que mi hermano Scott.

Hoy es jueves por la tarde. Noa me controla mientras yo preparo una bandeja con el té para la señora Karen y sus amigas del club privado. Todas ellas me producen alergia, pero poco a poco me voy adaptando a la rutina de la familia.

—Tengo entendido que Matt, el hijo mediano, ya está de vuelta —me dice Noa. Yo asiento distraída, enfrascada en mi trabajo—. Ha estado fuera unos días porque al parecer tiene problemas con su novia y quería solucionarlos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto curiosa—. Aún no le he visto. Tampoco nadie me ha hablado de él y, por cierto, no me ha parecido ver fotos suyas por la casa.

—No, es extraño, pero no las hay. Y sé que ha vuelto porque me lo ha dicho Scott mientras tú estabas muy entretenida comiendo churros. —Cuchichea para que nadie nos oiga—. Matt suele ser muy reservado, pero cuando está mosqueado habla demasiado. En el coche, con Roxanne, ha puesto a su novia de vuelta y media. Ha gritado tanto que Scott se ha enterado de todo.

«Oh, vaya.»

—Bueno, ¡todo listo! —Levanto la bandeja con orgullo al verla tan bonita y ordenada—. Nos vemos luego, Noa. Y ahora que lo has mencionado, gracias por invitarnos a desayunar. Hacía tiempo que no comía tanto.

—De nada. Estaré por aquí si quieres algo. Y ya sabes, paciencia con Roxanne... y con Matt.

¿Paciencia con Matt...? Sin darle mayor importancia, sigo mi camino.

Al llegar a la gran sala, todas las mujeres están enfrascadas en conversaciones sobre modas, fiestas y los típicos asuntos de quienes no tienen nada que hacer. Ninguna me presta atención, sólo la señora Karen, que se dirige a mí en cuanto me ve llegar. Un gesto que me tranquiliza. No me gusta acercarme a personas que se creen superiores tan sólo por tener dinero.

—Aquí tiene, señora. ¿Necesita algo más?

Ella me sonrío y me ayuda a dejar la bandeja.

—Muchas gracias, Gisele. La verdad es que sí, necesito una cosa de suma importancia. —Cada palabra desprende una amabilidad que me impresiona—: Hoy ha llegado mi hijo Matt, que ha estado fuera unos días por motivos personales. Está en su despacho, es el que ha estado cerrado con llave todos estos días. Sírvale el té con unas pastas, por favor, y gracias de nuevo.

—Bien, señora.

Al llegar a la cocina no veo a Noa. Es raro, pues se pasa el día prácticamente pegada a mí, enseñándome lo necesario para que no quede mal. Preparo una nueva bandeja para el joven Matt y, mientras lo hago, rezo para que éste no tenga el carácter de su hermana.

Procurando no hacer demasiado ruido por si Matt está trabajando, llamo a la puerta con suavidad. No se oye nada. Tras un par de intentos más, al ver que nadie responde, decido entrar sin permiso. Al hacerlo, me encuentro con una habitación sombría en la que apenas se ve nada, sólo oscuridad y tristeza. No tiene grandes ventanales, como el resto de la casa, y todos los muebles son tenebrosos...

«Qué raro», pienso.

—¿Hola? —digo, cerrando la puerta tras de mí.

Nada, no hay respuesta y yo casi me caigo al suelo al tropezar con algo.

Al hallar el interruptor y encender la luz, me quedo muda de sorpresa. Veo a un hombre joven, sólo algunos años mayor que yo, tremendamente guapo. De facciones bien definidas y labios carnosos, moreno y con unos ojos que me dejan impresionada de tan verdes como son... puedo distinguirlo aun desde lejos.

Tiene que ser Matt. Me observa sentado a su escritorio y aparentemente furioso. Quizá por mi intromisión.

—¿Quién es usted? —me increpa alterado—. ¿Por qué entra sin mi permiso?

«Oh, Dios, qué hombre...»

—He llamado y como nadie me ha respondido, he decidido entrar. —No puedo evitar ser algo borde al ver su reacción—. Ejem... señor Campbell, perdón por las molestias —añado—, pero su madre me ha dicho que le trajera esto.

Sin dejar de mirarme, rodea el escritorio despacio y con actitud tensa hasta llegar frente a mí. No puedo evitar observar su cuerpo trajeado... musculoso y bastante alto. Qué hombre tan impresionante y, por lo que se ve, tan prepotente, pienso de nuevo.

—¿Ha terminado la inspección?

Avergonzada, levanto la vista hacia él, que me parece aún más guapo.

—¿Señorita...?

—Stone, Gisele Stone. La nueva chica de servicio.

—Y bien, señorita Stone, ¿quién le ha dado permiso para entrar en

mi despacho y hablarme con la altanería con que lo ha hecho? —me pregunta en tono engañosamente paciente, pero sin duda enfadado.

Qué dientes tan blancos...

—Perdón. No era mi intención ofenderlo con mi tono —suspiro, tragándome el orgullo—. En cuanto a haber entrado, quería asegurarme de que no hubiese nadie para avisar a su madre. Me disculpo de nuevo.

—Que no se vuelva a repetir. —Su tono es cortante y autoritario. Escrutándome y con la mandíbula apretada, niega con la cabeza y vuelve a su asiento. Menudo culo—. Deje la bandeja sobre la mesa y, por favor, recoja un poco el despacho, que para eso se le paga.

Controlando mi mal humor por el desprecio de su última frase, hago lo que me ordena. Al parecer, es otro estúpido como su hermana Roxanne. Guapos sí, pero sin escrúpulos.

El despacho es un caos. Produce horror verlo y aún más limpiarlo. ¿Cómo he llegado a esto? Sin pensarlo más, empiezo a recoger vasos, botellas y platos de distintas partes de la estancia, cerca de la mesa cubierta de papeles.

El escritorio es muy amplio y de color negro, como el resto de los muebles. Hay varias estanterías con archivadores, grandes cuadros algo siniestros y un sillón bastante ancho de color marrón oscuro... Solamente una ventana, más bien pequeña.

El señorito Matt controla mis movimientos sin disimulo. Siempre con actitud prepotente, haciéndome sentir cohibida con su penetrante y fría mirada. Intento ignorarlo y continúo con mi trabajo consiguiendo no escupir el veneno que arde en mi garganta. ¡Vaya un estúpido!

Me lleva más de tres cuartos de hora dejar el lugar visiblemente más ordenado. Cuando acabo, me planto frente a él sin rehuir su meticuloso escrutinio. Casi se me escapa una burlona sonrisa al notarlo sorprendido.

—¿Desea algo más, señor? —pregunto amablemente.

—Quizá... —Su voz suena dura, prepotente, descarada—. ¿Qué me ofrece?

Lo miro sin entender sus palabras. ¿Que qué le ofrezco? ¿Qué mierda le voy a ofrecer?

—Es usted el que manda —respondo confusa—. Usted ordena y yo obedezco, ¿recuerda?

Mi tono sarcástico no le gusta. Su mirada se vuelve gélida, cruda, posesiva. Y por su postura tan rígida y altiva sé que algo no anda bien. ¿Estoy en un lío?

—Ya sé lo que quiero —murmura, de pronto pensativo, cerrando y abriendo los puños.

¿Son heridas eso que tiene en la mano?

Asiento expectante, aguardando la petición del brusco, pero no por eso menos guapo señor.

—La quiero desnuda y tumbada sobre mi mesa. Voy a tomarla por insolente.